

Reseñas

Esther Cohen, *La palabra inconclusa. (Ensayos sobre Cábala)*, México: Taurus -UNAM, 1994.

La experiencia del destierro, sería más preciso decir de los destierros, se convirtió para los judíos en razón y sentido de su historia. No sólo acicateó en ellos la nostalgia de la Jerusalén de oro, que, a la postre, habrían de reconquistar, sino que los hizo conscientes, patéticamente conscientes, del distanciamiento de su dios tormentoso. El destierro, la *גלות*, era la fractura de la pertenencia, del vínculo, pero instauraba otro nexos más, de mayor profundidad y sabor perdurable, aunque erradizo y obscurecido por su luz interior: la tradición interna, que sólo se transmite por el caudal visceral de la sangre y la lengua.

Arrancado al Edén, esclavo en Egipto, desterrado en Nínive, descoyuntado en Babilonia, pues sólo dos tribus regresan del exilio, el pueblo de Israel, más vigoroso en sus derrotas, regresa a la tierra "que mana leche y miel" y que con sangre y trabajo arrancó de manos de quienes la habitaban, y, para no morir una vez más, recita y asienta por escrito el texto de su fe: nace la recensión de Esdras. Y a ella, antes de que el templo vuelva a caer, se va sumando el mar interminable de la ley oral, el Talmud.

Estos son los postulados previos del libro de ensayos de Esther Cohen, *La palabra incon-*

clusa, elegantemente editado por Taurus. Pero, por extraño que parezca, son postulados en que importa, más que la historia que los sustenta, la reacción que provocan: el acto fundacional de la escritura sagrada.

Texto sacratísimo que no puede alterarse ni siquiera en sus errores, la Biblia, al cabo de los siglos, irá provocando las apostillas verbales, la otra Toráh, la ley oral, suma de la sabiduría existencial y el afán legalista del pueblo judío, el Talmud.

La cábala parece un acto de desacato, una transgresión: el texto sagrado se va plagando de sentidos, algunos tan remotos de su literalidad que exigen una larga reflexión para percibir el vínculo. El texto inmutable alumbra sin cesar otros: es infinito.

Y ya podemos entender, el texto es el universo, pero un universo que abarca, no sólo la totalidad física, sino la suma cabal de todas las instancias humanas, hasta las intenciones y malos pensamientos.

Esta es la plenitud que ha de considerarse punto de partida para el despliegue de la cábala, que no es sino la interminable reelaboración, el acopio de lecturas, mutaciones, propuestas, añadidos, "razones seminales" diría un esco-

lástico, de un conjunto (y empleo conjunto en su vertiente lógico-matemática, como *grupo* de textos) que ha de sufrir y dar la bienvenida a las manipulaciones y cambios de postura que han de imponerle los iniciados. Y este texto en perpetua posibilidad de gestación es el que la cábala va creando y desmenuzando en cada instante y que Esther Cohen despliega, por desgracia brevemente, ante nuestros ojos.

Nuestra ensayista trabaja partiendo, sobre todo, de una tesis, expuesta con brillo y lucidez (la palabra *zohar* comprende ambos sentidos) y mejor defendida:

La tierra y el templo dejan de ser los elementos cohesivos de un pueblo; el Libro y la palabra abren el camino para reestructurar una sociedad y, profundizando en el sentido o sentidos de la *Toráh*, poner orden en las enseñanzas divinas. La palabra es la única capaz de explicar el propio fenómeno del exilio, sostener la moral y la fe religiosas de un pueblo y, ante todo, de otorgarle esa identidad que el despojo de su tierra inevitablemente pone en duda.

O más adelante:

El desplazamiento temporal y espacial de las raíces profundas, de la tierra, otorga al mito del exilio un lugar cada vez más importante en la concepción del mundo judaico y, lo que es más importante aún, este mito se convierte en el ojo a través del cual se ve la propia historia, se mira la propia identidad y se leen de manera renovada las propias leyes, las Sagradas Escrituras. En este sentido, el mito es un lenguaje, un tipo de lenguaje específico que surge del dato, de la historia, pero que va más allá al configurarse a través de la escritura como el lugar o el espacio cosmológico de una territo-

rialización. Este lenguaje recupera, mediante la narración del mito, el territorio perdido y de esa manera confiere a todo un pueblo segregado una identidad religiosa y cultural.

Hasta aquí Cohen.

Discípula de Eco y de Moshé Idel, Esther Cohen aprovecha la doble vertiente de sus enseñanzas, que confluye en la consideración de la palabra como plataforma de lanzamiento a la polisemia, a la pantosemia (vélgaseme el neologismo), por una parte y, por otra, encuentra su correlato menos sospechado excepto en los círculos iniciáticos: el erotismo.

Cohen nos habla de las dos principales vertientes de la cábala que distingue Idel, la teosófico-teúrgica y la extática. Disciplina sincrética si las hay, la cábala es simultáneamente una forma entrañable de la historia judía (el ספר הקבלה, de Abraham ibn Daúd, de Toledo, es una historia de la trasmisión histórica de la sabiduría de los rabinos); un sistema reflexivo que ha tomado el universo como su feudo; un método combinatorio que se propuso como meta descubrir todos los nombres de Dios; una cavilación sobre las relaciones amorosas internas del Dios andrógino original y un deslumbrante enunciado poético acerca de las posibilidades de la palabra. Y apenas he comenzado la enumeración...

Ante este campo de innumerables caminos divergentes, Esther Cohen ha elegido, sobre todo, los dos más elocuentes ... para nosotros. Y entonces aplica su análisis agudo a la función de la palabra, a la palabra frente al texto, en un eterno juego de cambios, de aparentes acertijos sin sentido, de cuyo núcleo mismo nacen axiomas y postulados inamovibles.

Y por el otro lado, que no me atrevería a llamar afectivo porque pecaría de limitado, investiga apasionadamente un tema, un venero que, partiendo quizá de los platónicos tardíos, que le dan forma corporal (aludo, por supuesto, a la segunda escuela neoplatónica, donde Proclo se ocupa, antes que los cabalistas, de la teúrgia), desemboca, hacia atrás, en la concepción dual de Dios, y, yendo hacia los lados, entrando en el terreno de las consejas y el folklore rabínico, nos conduce a Lilit, la diosa babilonia que fincó sus reales en el miedo a la muerte prematura, la figura hebraica del lado oscuro del Señor. Es el terreno vitando del **דו פרצופים**, las dos mitades complementarias, el andrógino original, el dídimo alquímico, el *sosias* de los cuentos de terror y la hibridez herética de Yahvéh-Elohim, justicia y misericordia.

Infortunadamente, no puedo seguir adelante, por mi justo temor a ser prolijo. Sólo he rozado algunos de los temas por los que deambula Esther Cohen, armada por igual con el saber tradicional y el bisturí de las modernas ciencias del lenguaje.

Libro fascinante, iniciación de un camino que conduce a ciertos parajes a los que nadie es extraño, pese a estar siempre solitarios, *La palabra inconclusa* es, espero que sea, sólo el principio de otra búsqueda, que es la misma, porque su valor numérico, como en los procedimientos cabalísticos, es equivalente, la fusión de los extremos, la unión sexual de ese cuerpo, esos cuerpos descomunales que midió el *Shiur Komá*, como forma cabal, suprema, de la comprensión.

Ernesto de la Peña
Academia Mexicana de la Lengua